

dos y á los moribundos. En vano, como para reclamar que se siguiese allí la costumbre de todas las plazas sitiadas, en que no se hace fuego sobre los asilos consagrados á la humanidad, Lyon habia enarbolado una bandera negra sobre su hospital, monumento admirable de arquitectura y de caridad; los artilleros de la Convencion acibillaron á balazos las paredes y bóvedas de aquel asilo de la humanidad doliente. Las bombas, al reventar en las salas, enterraban á los heridos bajo las bóvedas adonde se habian refugiado para salvarse. El curso de los dos rios y los caminos que servian para llevar víveres á Lyon estaban cerrados por todas partes. Los víveres y las municiones estaban agotados; ya se comian los pocos caballos que les restaban, y se fundian balas con el plomo de los edificios. El pueblo murmuraba al morir, viendo que su muerte era ya inútil. Los socorros que se lisonjaban recibir de Saboya y de Italia habian sido interceptados por el ejército de Kellermann en los Alpes. Carreaux habia pacificado á Marsella. El incendio, que Lyon se habia prometido propagar con su ejemplo en el corazon de Francia, se habia sofocado en todas partes, y no devoraba más que sus muros. La ciudad entera no era sino un campo de batalla, lleno de los escombros de sus edificios y de los restos de su poblacion. Un último asalto la entregaria al furor de un ejército de cien mil campesinos irritados y sedientos de pillaje, y podia á cada instante entregar las mujeres, los niños, los ancianos, los enfermos y todo lo que hay de más sagrado en el hogar de una ciudad al ultraje, á la carnicería y á la muerte. El hambre contaba las horas, y morian contándolas. Ya no habia alimentos más que para dos dias, y aún eso disputándose los hombres á los caballos. Habia cesado la distribucion de media libra de avena disuelta en agua. Couthon y Mignet dirigian á los lyoneses intimaciones moderadas é insidiosas. La comision popular las comunicó á las secciones reunidas, y éstas nombraron diputados que fueron al campo de Couthon para conferenciar con los generales y con los representantes. Estos concedieron quince horas de término á la ciudad para dar tiempo á aquellos de sus defensores que más se habian comprometido de proveer á su seguridad.

XXXII

Precy reunió en la noche del 8 al 9 de Octubre á sus compañeros de gloria y de desgracia. Les anunció que habia llegado la última hora para Lyon; que á pesar de las promesas de Couthon, el terror y la venganza entrarían al día siguiente en la ciudad con el ejército republicano, y que ninguno de aquellos á quienes sus funciones, su uniforme, sus armas y sus heridas señalasen como principales defensores de la ciudad escaparia del resentimiento de la Convencion y de las delaciones de los jacobinos. Añadió que en cuanto á él, estaba decidido á morir como soldado y no como víctima; que saldria aquella misma noche de Lyon con los últimos y más valientes ciudadanos, que burlaria la vigilancia de los campamentos republicanos atravesándolos por el punto en donde ménos se le esperase, y remontando la orilla izquierda del Saona por el camino de Macon, al llegar á la altura de Montmerle, atravesaria el rio, se arrojaría al Dombé, pasaria por retaguardia del campo de Dubois-Crancé á Meximieux, y llegaria á las fronteras de Suiza por las gargantas del Jura. «Que los que quieran probar conmigo esta última fortuna del soldado,—añadió,—se hallen con sus armas y con lo que ten-

gan en más estima, ántes de amanecer, en el arrabal de Vaise para seguirme. ¡Yo pasaré ó moriré con ellos!»

Aquella noche fué una agonía mortal para la ciudad. Toda se pasó en deliberar en el seno de las familias sobre el partido más seguro que podian tomar para salvarse al otro día. La permanencia en Lyon tenia perspectivas siniestras, la salida ofrecia peligros ciertos. Dos mil hombres solamente, casi todos jóvenes, nobles realistas ó hijos de las más distinguidas familias de Lyon, se encontraron al rayar el alba en el lugar de la cita dada por Precy. Trescientas ó cuatrocientas mujeres, madres, esposas ó hermanas de los fugitivos, cargadas con sus niños de pecho ó conduciéndolos por la mano, acompañaban á sus maridos, á sus padres



Combate de Perrache.—Pág. 207.

y á sus hermanos, refugiándose en la columna para participar de sus peligros. Esta multitud confusa ahogaba su llanto, temerosa de llamar la atencion del campo de Laduchere.

XXXIII

Mientras esta masa se reunia lentamente bajo los frondosos árboles de un parque llamado el bosque de la Claire, algunos centenares de combatientes asistian en una cueva inmediata á unas honras fúnebres en honor de sus hermanos muertos en los combates, y de los que iban aún á morir de entre ellos. El general Virieu, cuyo valor se fortificaba por la fe, recibió allí la comunión, viático de su último día. Cuando todos estaban reunidos, Precy, colocado sobre una cureña, arengó á su tropa: «Estoy satisfecho de vosotros,—les dijo,—pero ¿vosotros lo estais de mí?» Los gritos unánimes de *¡Viva nuestro general!* le interrumpieron. «Habeis hecho—continuó Precy—todo lo que humanamente era posible por vues-

tra desgraciada ciudad. No ha dependido de mí que se salvase libre y triunfante. Depende ahora de vosotros el volverla á ver dichosa y próspera. Acordaos que en unos apuros como los que nos encontramos, no hay salvacion sino en la disciplina y en la unidad del mando. No os digo más, porque el tiempo urge y el día se acerca á toda priesa. *Fiad en vuestro general.*» «¡Viva Lyon!»—respondió la columna, como despidiéndose de sus hogares abandonados.

Precy dividió aquel cuerpo de ejército, ó por mejor decir, aquel convoy fúnebre, en dos columnas: la primera, de mil quinientos hombres, precedida de cuatro piezas de artillería, mandada por él, y la segunda de quinientos, á las órdenes del conde de Virieu, en la que iban las mujeres, los niños y los ancianos desarmados entre filas.

A la salida del arrabal de Vaise, cinco baterías republicanas, sostenidas por algunos batallones emboscados detras de las paredes y vallados, batieron á los lyoneses. Precy ordenó á los granaderos que les atacasen á la bayoneta. Uno de sus mejores oficiales, llamado Burtin de Lariviere, que le servia de ayudante de campo, se lanzó á la cabeza de la columna. «¡Granaderos, adelante!»—exclamó. Los granaderos obedecieron; pero en el momento en que Lariviere les enseñaba el enemigo, una bala de cañon le rompió un brazo, y abriéndole el pecho, le arrojó muerto á los piés de su caballo. La columna titubeó. Precy reúne dos compañías del centro, inflama su ardor y franquea á su cabeza un barranco de fuego, rechazando con su atrevimiento á mucha distancia á los republicanos. Mientras que él combatia, la columna pasó, y Precy pudo reunirse luégo con ella, protegido por sus baterías.

XXXIV

A favor de esta diversion, la columna salió del desfiladero y se deslizó por debajo de las colinas escarpadas que ciñen el Saona hasta las gargantas de Saint-Cyr. Precy pasó con felicidad estas gargantas. Marcharon ya con más seguridad en un espacio abierto y libre. Virieu y su columna iban á entrar á su vez en el desfiladero de Saint-Cyr, cuando ocho mil hombres de Limonest, mandados por el representante Reverchon, cayeron sobre él, cortaron su columna, precipitaron en el Saona ó fusilaron en los caminos hondos y en las viñas á todos los que la componian, y no perdonaron ni hombres ni niños ni mujeres; todos perecieron al filo de las bayonetas de los republicanos. La carnicería fué tan completa, que nadie pudo conocer la suerte de Virieu. Un dragon del ejército republicano aseguró haberle visto batirse como un héroe contra muchos jinetes, rehusando todo cuartel, y precipitarse con su caballo cubierto de sangre en el rio. No se halló rastro de su cuerpo, ni de su caballo, ni de sus armas en el terreno. Esta desaparicion repentina y esta ausencia de todo vestigio hicieron esperar á la condesa de Virieu, que tambien huía disfrazada de labradora, que su marido habia escapado de la muerte; obstinada en su ternura y en su esperanza, erró algunos meses por las cercanías para descubrir sus huellas, y esperó inútilmente por muchos años la vuelta del muerto, creyendo que no lo estaba.

XXXV

Precy, haciendo frente alternativamente con sus piezas á la caballería que le perseguia, á los tiradores de Limonest que le fusilaban de flanco, y á los batallones que le cerraban el paso, atacó por último á la bayoneta una batería republicana que dispersó, y pudo entrar con su columna en el bosque de Alix. La orilla izquierda del Saona estaba erizada de tiradores, y era imposible pasar el rio; no habia más medio de libertar aquel ejército que dispersarlo por las montañas del Forez. Entre aquellas poblaciones religiosas, realistas y contrarrevolucionarias, en aquellos parajes cortados por torrentes y por bosques, el pequeño ejército de los lyoneses sublevaria al país, ó encontraría al ménos asilo ó los medios de fugarse individualmente. Precy reunió su tropa en consejo de guerra, y les comunicó su resolucion, que fué combatida con obstinacion por una parte de sus compañeros que no veian su salvacion sino pasando al otro lado de los Alpes. Armóse entónces un altercado terrible entre los dos partidos; pero en lo más recio del debate se oyó tocar á rebato en todas las aldeas vecinas, y los aldeanos cercaron el bosque. La mitad del ejército abandonó á su general, pasó el Saona y pereció al otro lado. Precy, seguido sólo de trescientos combatientes, abandonó los cañones y los caballos, salió del bosque de Alix, se alejó del Saona y marchó por espacio de tres dias de combate en combate, sembrando el camino de rezagados, de heridos y de muertos. Acosados los fugitivos por los habitantes del país, perseguidos por la caballería ligera de Reverchon, y á cada instante á punto de ser envueltos, aquellos restos de los diez mil combatientes que habian sido al empezarse el sitio, llegaron en número de ciento diez á la cima del monte de San Roman, meseta elevada y defendida por barrancos y malezas. El círculo se estrechaba á cada momento. En algunas cabañas encontraron aún víveres. Los parlamentarios republicanos, admirando su intrepidez y sintiendo su suerte, les ofrecieron una capitulacion en que se aseguraba la vida á todos ménos al general. Sus valientes compañeros rehusaron separar su suerte de la suya. Precy los abrazó á todos por última vez, se quitó su uniforme de general, rompió su espada, soltó á su caballo, y desliziéndose por entre los matorrales conducido por un soldado, se internó por unas cavernas inaccesibles cubiertas por un bosque de pinos. Apénas se habia separado Precy de su ejército, cuando se presentó en la avanzada un oficial de húsares de los republicanos. «Entregadme á vuestro general, y os salvareis»,—dijo al jóven Reyssié, ayudante de campo de Precy y uno de los héroes del sitio. «No está entre nosotros»,—respondió Reyssié,—y si quereis una prueba de ello, mirad á su caballo que pace en libertad detras de nosotros.» «Tú me engañas»,—replicó el oficial tirando del sable;—el general eres tú, y te hago prisionero.» A estas palabras, Reyssié, cansado de la vida, de un pistoletazo deshizo la cabeza al oficial republicano, y poniéndose en la boca el cañon de otra pistola, se levantó la tapa de los sesos y cayó muerto sobre el cuerpo de su enemigo. Al ruido de esta doble detonacion, los republicanos caen sobre los restos del ejército lyones y los degiellan sin piedad, escapándose apénas algunos soldados que lograron ocultarse entre la maleza. Reyssié y el oficial que él habia muerto fueron enterrados por los campesinos en un mismo hoyo.

XXXVI

Entre tanto, informado Precy por dos de aquellos soldados fugitivos de la inutilidad de su sacrificio y del degüello de su ejército, anduvo errante tres días y tres noches, sin tomar alimento y sin abrigo, en medio de los bosques y en los barrancos de aquellas montañas. Sus dos últimos compañeros no le abandonaron: el uno de ellos, natural de la cabaña de Violay, á la orilla del Saona, consiguió conducirle en tres noches de marcha hasta un bosque inmediato á la cabaña de su padre; allí le mantuvo algunos días con el pan que sustraía á su indigente familia, que no sabía nada de todo esto, hasta que pudo proporcionarle un traje de labrador. Cuando al fin la noticia de la muerte de Precy se acreditó en Lyon, y cuando disminuyó el ardor de las pesquisas, el general consiguió refugiarse en Suiza atravesando las gargantas del Jura. Precy pasó la frontera con dos soldados, únicos restos de la inmensa insurrección civil de la ciudad que la república rechazaba de su seno, como bien pronto iba á rechazar los restos de la coalición de los reyes.

Precy fué acogido con respeto en el destierro, y no volvió á su patria sino con los Borbones, envejeciendo sin recompensa y sin honores bajo su reinado, porque las cortes no quieren sino á los cortesanos. No había combatido á la república, sino á sus excesos, y había conservado los colores de la nación en sus banderas. Como soldado de la nación y no de una familia, fué olvidado. Los príncipes y los hombres son de tal naturaleza, que aprecian más á los que participan de sus faltas, que á los que sirven sus intereses. Nadie se acordó de Precy sino después de su muerte. Lyon le hizo unas magníficas exequias, en la misma meseta de Brotteaux, regada con la sangre de sus compañeros de armas, enterrándole al lado de los restos de aquellos héroes del sitio. Sus restos mortales descansan allí en el sitio de su gloria. Las guerras civiles no premian sino con sepulcros.

LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convención decreta la destrucción de esta ciudad.—Couthon.—Collot-d'Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucción.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Toulon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman á los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Toulon por el ejército republicano.—Napoleón Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses á Toulon, después de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

I

Lo que hace triste la historia en la relación de las guerras civiles, es que después de las campañas es necesario hablar de los cadalsos.

El ejército republicano entró en Lyon con una apariencia de moderación y de fraternidad que daba á esta ocupación el aspecto de una reconciliación, más bien que de una conquista. Couthon mismo mandó en los primeros momentos el respeto á las personas y á las propiedades; ningún desorden, ninguna violencia fué tolerada. Los naturales de la Auvernia, que habían acudido allí con carros, con mulas y con sacos para transportar los despojos de la más opulenta ciudad de Francia prometidos á su rapacidad, fueron despedidos con las manos vacías y se volvieron murmurando á sus montañas. Los republicanos se condujeron como vencedores afligidos por su victoria, y no como bandas salvajes é indisciplinadas. La generosidad natural del soldado francés precedió á la venganza. Los representantes no la proclamaron sino algunos días después, y á petición del comité de salud pública, y Lyon fué escogido para ejemplo de la severidad de la república. No eran bastantes los suplicios individuales; el Terror quería ofrecer el suplicio de una ciudad como ejemplo y como amenaza á sus enemigos.

Los jacobinos amigos de Chalier, comprimidos por tanto tiempo por los realistas y por los girondinos de Lyon, salieron de sus guaridas clamando venganza á los representantes, é intimando á la Convención que les entregase en fin sus enemigos. Los representantes trataron por algún tiempo de contener esta rabia, pero concluyeron por complacerla, limitándose sólo á regularizarla por medio de la instalación de tribunales revolucionarios y dando decretos de exterminio.

II

Allí, como en todos los actos del Terror, se ha atribuido á un solo hombre el horror de la sangre derramada. La confusión del momento, la desesperación de